

—Pues solamente del segundo creo sincera la conversion; sin embargo, si son desgraciados, hallarán en mí un padre y un amigo que procurará darles auxilio en su afliccion.

—Yo les facilito recursos, V. les dará consuelos, que fortifiquen su alma; unos y otros necesitan.

A todo esto, y mientras la conferencia de Alejandrina con sus buenos amigos continuaba, Federico subió al cuarto de Clodomiro.

El indolente jóven dormia con tranquilidad, sin cuidarse de su suerte futura ni de averiguar el nombre del nuevo protector que tan impensadamente le habia deparado la Providencia.

Federico, sentándose á la cabecera de la cama, le sacudió con fuerza un brazo, á cuyo movimiento se incorporó frotándose los ojos.

—¡Hola, señor! ¿es V.?.... dijo: ¿quiere la señora verme tocar?

—Sí; prepárate.

Clodomiro se levantó, vistiéndose aceleradamente.

—No hay prisa, exclamó Federico. La condesa de Flor de Lis quiere que toques algunas piezas mientras la sirven la comida, por consecuencia tienes tiempo.

—¡Ah! ¿es su señora de V. la condesa de Flor de Lis?

—Justamente; ¿y no adivinas quién soy yo?....

—¡Oh! no, señor.

—Pues yo te conozco mucho.

—¿Usted á mí?

—Sí; verás cómo te lo pruebo contándote los principales incidentes de tu vida.

—Veamos.

—Tú eras hijo de uno que fué marqués; pero como el marquesado no le pertenecia, se quedó sin él, y en igual de habitar su palacio, habitó una cárcel, desde donde hubiera subido al patíbulo sin la generosa intervencion de una noble señora que le perdonó.

Clodomiro se puso pálido.

—Tu padre, continuó Federico, se llama D. Alvaro Perez; tu madre, Cristina Guanter; tú, Clodomiro.

El jóven escuchaba impasible sin contestar una palabra. Federico continuó:

—Naciste, te criaste, y has vivido siempre en una atmósfera corrompida, donde la maldad y el vicio se cernía con impúdico des-
caro; por eso fuiste un calavera, sin corazón y sin delicadeza; por
eso engañaste á una niña inocente y te casaste con ella creyéndola po-
seedora de diez mil duros.

Aquí Clodomiro dió un salto en la silla y se mordió los labios;
pero no dijo una palabra.

—Cuando supiste que era tan pobre como tú, la abandonaste, des-
pojándola de lo único que la quedaba, sus muebles, sus ropas, y lo
que es peor, asesinando á su pobre madre con tu indigna conducta.

—¡Ah! ¡perdon, perdon!.... ¡Usted quiere perderme!.... ¿Quién
es V. que así conoce los secretos de mi vida?.... exclamó Clodomi-
ro cayendo de rodillas.

—Soy tu juez; vengo á juzgarte; poseo las pruebas de tu crimen
y puedo, por ladrón, entregarte á los tribunales.

—Perdon, señor, perdon; yo vengo de Italia arrepentido de mi
mala conducta y en el firme propósito de enmendarme, de unirme
á mi esposa y de hacerla feliz; ¿por qué se me ha de castigar cuan-
do mis intenciones son tan buenas?

—¿Juras cumplir ese propósito?

—Sí, señor, lo juro por la salvación de mi alma.

—Pues bien, escribe en este pliego la historia de tus picardías y
el juramento que haces de enmendarte.

—Estoy temblando y no tengo pulso para escribir.

—Trae, lo escribiré yo.

Federico llenó el pliego en poco tiempo, en el cual declaraba
Clodomiro sus maldades y el propósito de hacer feliz á Atilana.

—Ya está; ahora firma, le dijo entregándole la pluma.

—Yo no firmo un papel que me compromete.

—Si le firmas, te doy los diez mil duros de Atilana, pero me has
de jurar también entregárselos intactos.

—Entonces sí, señor, venga la pluma.

Clodomiro firmó, Federico se guardó el papel con mucha impa-
sibilidad y le dijo:

—Tendrás los diez mil duros; pero te advierto que el día que vuelvas á observar mala conducta, será el último de tu vida.

—Descuide V., seré bueno porque me conviene serlo, y aunque no me conviniese, lo sería por miedo.

—Aquí tienes dinero para que vayas á Madrid decentemente como conviene al esposo de Atilana.

—Pues voy á romper el organillo, dijo el aturdido jóven con el pié levantado para hacer rodar hecho pedazos el armonioso instrumento.

—Espera, todavía no; con ese organillo has de recobrar los diez mil duros y otros diez mil que pertenecen á la viuda de D. Juan Alvarez Leal, los que entregarás puntualmente, ¿me lo prometes?

—Sí, señor, á mí, para ser hombre honrado, me basta con el dote de mi muger; pero dígame V. quién los tiene.

—La condesa de Flor de Lis se los robó á fray Severo.

—¿Y dónde está la condesa?

—En esta fonda; bajas á su cuarto cuando esté comiendo, empiezas á tocar las mas dulces tocatas de ese instrumento, que ha de ser tu salvacion, y cuando te manden pasar, entras y reclamas la cartera de fray Severo.

—Me la negarán.

—No lo creas: así que veas á la señora, encontrarás medio de que te la entregue; lo que debes hacer es hablarla cuando no está allí su esposo.

—Mejor; me gusta mas entenderme con señoras, se saca mejor partido.

—Yo te prometo que has de sacarle excelente.

—¿Ya se marcha V.? y se lleva mi declaracion.....

—No tengas cuidado, los diez mil duros están seguros, y aun cuando no lo estuvieran, aquí te queda una cantidad muy respetable. Adios; no creas que me ausente, estaré cerca de tí, observándote siempre y vigilando tu conducta para, en el momento que faltes á tus promesas, presentarte este papel, con el castigo que merezcas.

—Pero dígame V. siquiera su nombre.

—Para tí seré siempre Perico el Diablo.

—Lo comprendo perfectamente; á no ser el diablo, no era posible que nadie supiera lo que V.

—Voy á dejarte encerrado; á las seis vendrá un camarero, abrirá y entonces bajas á ver á la condesa.

—Corriente; me resigno á todo, si es preciso, ¿quién se atreve á luchar con Perico el Diablo?

Clodomiro quedó caviloso, apoyado sobre la mesa, y Federico salió cerrando la puerta, segun lo habia dicho. En el corredor encontró al camarero, su confidente, y le dijo:

—¿Volviste á poner la cartera en el mismo sitio?

—Sí, señor, la dejé otra vez en el bolsillo del gaban.

—Está bien; pues ahora toma la llave del cuarto donde está el jóven del organillo, abrirás á las seis, cuando nosotros nos hayamos marchado.

—¿Sabe V. que he visto con detencion á la condesa de Flor de Lis y que efectivamente se parece al jóven?

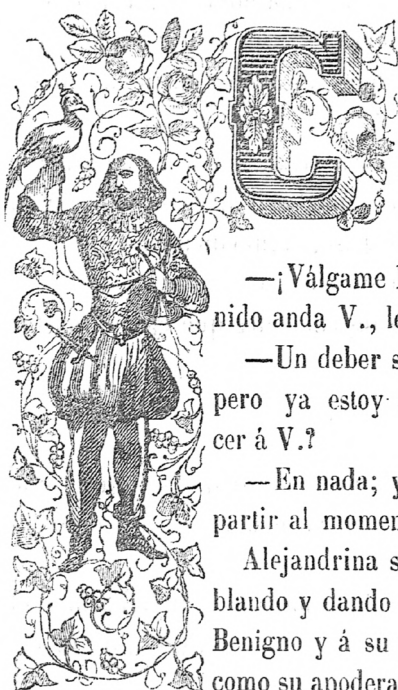
—¿Nò te lo decia yo?

—¡Aquí hay gato encerrado!.... murmuró el camarero.

—Ya lo creo; tú te quedas en el encargo de soltarle, recibiendo por ello la recompensa, dijo Federico poniendo en la mano del mozo algunas monedas que éste recibió con viva gratitud.



CAPÍTULO VII.



UANDO Federico bajó á las habitaciones que ocupaba la condesa, encontró á ésta vestida de viaje, y á Lindora muy ocupada en preparar los equipajes que varios mozos iban llevándose.

—¡Válgame Dios, amigo mio! y qué entretenido anda V., le dijo Lindora.

—Un deber sagrado me detenía en otra parte; pero ya estoy aquí, ¿en qué puedo complacer á V.?

—En nada; ya está todo arreglado y vamos á partir al momento.

Alejandrina se hallaba cerca del balcon hablando y dando sus últimas instrucciones á fray Benigno y á su primo, que quedaba en España como su apoderado general, cargo que aceptó con suma complacencia.

—Ya está todo, dijo Lindora.

—El coche aguarda, añadió Federico.

La condesa, dando el brazo á Mendoza, abandonó la fonda en

estremo conmovida y sin poder contener el llanto que se desprendía de sus ojos.

Al bajar la escalera se encontró frente á frente con una señora que la subía del brazo tambien un caballero alto, mal encarado y vestido con lujo, pero con muy poco gusto.

Las dos señoras se miraron, quedándose un instante inmóviles.

—¡Alejandrina!.... murmuró la una con sordo despecho.

—¡Cristina Guanter!.... exclamó la condesa apartando la vista de aquella indigna muger y queriendo proseguir su camino.

Cristina se opuso, soltó el brazo de Tragabombas, y acercándose á la condesa, la dijo con una voz que sofocaba la cólera:

—¡Ya estás vengada!.... ¿no es verdad?... ¡ya me has visto deshonrada, sin familia, sin hogar!.... ¿estarás muy satisfecha de tu obra?... ya lo creo, esto era tambien una obra de caridad, y la ilustre dama que se ha hecho célebre en España por sus acciones benéficas, debia coronar tantas virtudes llevando á su tío al cadalso y deshonrando á su familia!....

—¡Paso!.... mis palabras no deben cruzarse con la muger que asesinó á mi padre, dijo la condesa bajando algunos escalones, pero Cristina, siempre oponiéndose á su paso, siguió diciendo:

—¡Yo!.... te has engañado; no le maté yo.

—Tú fuiste, valiéndote de dos instrumentos que ejecutaron tus deseos.

—¿Mi marido y fray Severo?

—Justamente.

—¡Mientes!.... no tuve parte en aquel asesinato; y te juro, que si tú te has vengado de mí, tambien yo tomaré de tu iniquidad una cumplida venganza.

—¡Atrás! gritó Alejandrina rechazándola con indignacion; el contacto solamente de una muger vil, mancha la pureza de la atmósfera que me rodea.

—¡Infame!.... ¡tú serás la vil!.... dijo Cristina.

—¡Silencio, señora!.... dijo fray Benigno interponiéndose entre ellas, cuya oportunidad aprovechó la condesa para bajar los últimos escalones, montando en el coche.

—¡Me he de vengar!.... gritaba Cristina. La seguiré donde vaya; y no descansaré hasta gozarme en sus tormentos como ella se ha gozado en los míos.

Alejandrina no había conocido á Tragabombas ni se fijó en él; preocupada con su dolor, no quiso ni aun volver la vista para mirarlos; apenas Mendoza y fray Benigno ocuparon su asiento en el coche, partió este á escape hácia el muelle.

—¡Ven, amigo mio!.... ven, dijo Cristina arrastrando tras sí á Tragabombas; quiero verla partir, y ya que no otra cosa, que lleve mi maldición. Esa muger me ha perdido, por ella tenemos que huir de España, tenemos que ocultar nuestros nombres, y me veo privada de mis hijos, de mi casa y de todas las comodidades con que me brindaba la fortuna.

—Te quedan mis brazos; ¡no lo has perdido todo!.... la dijo Tragabombas.

Montaron en su coche, que momentos antes acababan de dejar, y se dirigieron en seguimiento del que conducía á la condesa.

—Esa muger, endurecida por el crimen, no escarmienta con los desengaños, dijo Mendoza.

—El espíritu de la soberbia debe ocultarse en su corazón, añadió fray Benigno; parece imposible que aun después de lo que ha sufrido, tenga valor para seguir atravesando la senda del vicio y de la maldad.

—¿Quién era el hombre que la acompañaba? preguntó la condesa.

—Tragabombas; ¿no le has conocido? contestó su primo.

—Ni siquiera reparé; la indignación me cegaba; y ahora recuerdo que me lo ha dicho Federico.

—Solo la faltaba tener un amante bandido para recorrer toda la escala social, dijo Mendoza.

—Pues ese será su castigo; ¡ay! comprendo que unida á un malvado como Tragabombas, debe tener horribles desengaños, y su vida será con él un tejido interminable de sinsabores y de prolongados martirios, exclamó la condesa.

—Tal creo, añadió fray Benigno; al aceptar la protección y el

amor del bandido, ha aceptado con él la expiación de todos sus delitos en la tierra.

—¿Y qué harán en Barcelona? preguntó Mendoza.

—Sin duda aguardarán la salida de algun buque que los lleve á lejanas tierras donde puedan ocultar sus criminales amores, dijo el misionero.

—Pues ella ignora que su marido ha sido indultado, como ignora tambien que su hijo vá con un organillo implorando la compasion pública, añadió la condesa.

—¡Qué horrible destino!... todos los individuos de esa familia tienen que sufrir un castigo severo.

—La pobre Tránsito, única rama saludable en ese árbol corrompido, será siempre una mártir, que sufra por todos; ¡infeliz!... si no hubiera tenido á sus abuelos, no la deajo en España; y te ruego, primo mio, que si un dia la falta el natural apoyo de estos ancianos venerables, seas tú para ella un padre, considerando que yo la quiero muchísimo y que te la deajo recomendada con el mas vivo anhelo.

—Así lo haré; puedes estar tranquila, en la seguridad de que tus órdenes serán ejecutadas y tus protegidos atendidos como si tú misma estuvieras.

—Quiero que sean felices todos mis amigos, y tambien los que han sido mis enemigos; pero que, arrepentidos despues, han sabido alcanzar mi perdon.

—¿Entre estos estará fray Severo? dijo el misionero.

—Sí, padre mio; éste queda recomendado á su bondadosa indulgencia; con el ejemplo de V., será un santo, despues de haber sido un criminal.

—Se vendrá conmigo á las misiones.

—Procura hacer dichosas á las niñas de Rosa-Pálida, y sobre todo te ruego, querido primo, que recompenses ámpliamente á Guillermina de todo cuanto ha sufrido en quince años de abandono.

—Eso sí; ha sonado para ella la hora de la felicidad. Solo me temo que no pueda olvidar la memoria del conde.

—Es natural, ni tú debes procurarlo, porque será un doloroso recuerdo que solo el tiempo podrá extinguir.

La conversacion se prolongó hasta que llegaron al muelle, continuando Alejandrina con sus recomendaciones, sus encargos y sus mil y mil detalles muy naturales en una persona que se alejaba con la idea de no volver á su amada patria, alejándose para siempre de los sitios que tanto amaba, y de las personas á quien habia protegido con la tierna solicitud de una madre.

El coche se detuvo por fin. Alejandrina, pálida, pero trémula con la conciencia de su deber, exclamó apeándose:

—¡Ay! no creí que llegase nunca este momento.

—Te acompañaremos hasta el vapor, dijo fray Benigno saltando al bote y alargando la mano á la condesa para que hiciese lo mismo.

El doctor los siguió, y despues entraron Lindora y Federico. Los demás criados que formaban la servidumbre de la condesa, estaban ya á bordo del *Paraná*.

El frágil barquichuelo comenzó á hendir las azuladas ondas que salpicaban en menudas gotas de espuma sobre la falda de Alejandrina.

Varias señoras y caballeros seguian el bote en otra lancha, deseosas sin duda de admirar el hermoso vapor brasileño que se anclaba por primera vez en el puerto de Barcelona.

Reconociendo Federico entre aquellas personas que los seguian á Cristina y su amante, llamó la atencion de su señora sobre este acontecimiento.

—¡Y es verdad!.... dijo ésta mirándolos y participando esta observacion al misionero y á su primo.

—Eso es curiosidad; quiere indagar si te marchas sola, y si te acompañamos, y por eso nos sigue, dijo el doctor.

—¡Triste consuelo!.... si se reduce á eso su venganza, vaya con Dios, exclamó Alejandrina.

—¿Y qué otra venganza pudiera emplear?.... ¿qué puede ella contra tí? La miserable oruga, al fijarse en el águila altiva y pode-

rosa, solo puede humillarse ocultando en el polvo su raquíica pequenez.

A todo esto el bote estaba tocando con la escalera del vapor. Subieron, siendo recibida la condesa á bordo con los armoniosos sonos de una orquesta magnífica.

Toda la tripulacion, que se componia de indios y brasileños, prorumpió en un entusiasta viva, que conmovió mas y mas á la condesa, porque los súbditos de su esposo la saludaban recibéndola como á su reina y señora.

Aquel buque estaba consagrado esclusivamente á su servicio. Apenas cesaron las manifestaciones de entusiasmo, Alejandrina se dirigió á su cámara, donde la sirvieron una espléndida comida, acompañándola en la mesa por última vez sus dos leales amigos, aquellos dos corazones generosos que la idolatraban como á una divinidad.

Poco despues de terminada la comida, se despidieron, no sin haber rendido á la debilidad su tributo de lágrimas.

Alejandrina abrazó á su primo, diciéndole:

—Soy feliz porque te veo partir satisfecho; te ruego que participes á Guillermina mis recuerdos y la digas que la devuelvo completamente curado á un esposo que antes no la hubiera hecho feliz; que la devuelvo un padre á su hijo, y que la prometo, tan pronto como llegue á la India, mandarla un retrato de mi esposo y otro de mi hija con algunas vistas del país donde tengo mi reino.

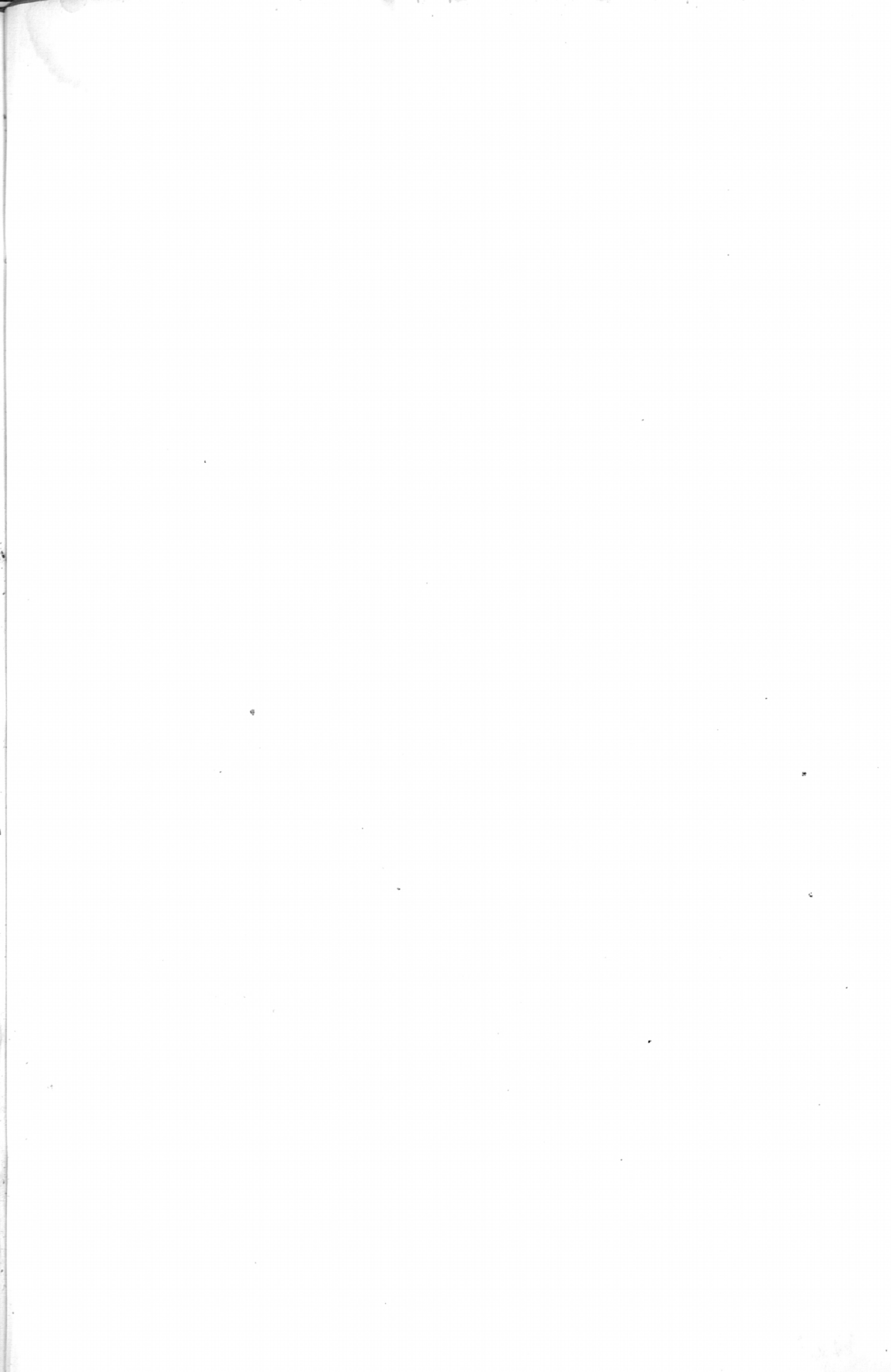
—¿Y quién los hará, hija mia? preguntó el misionero.

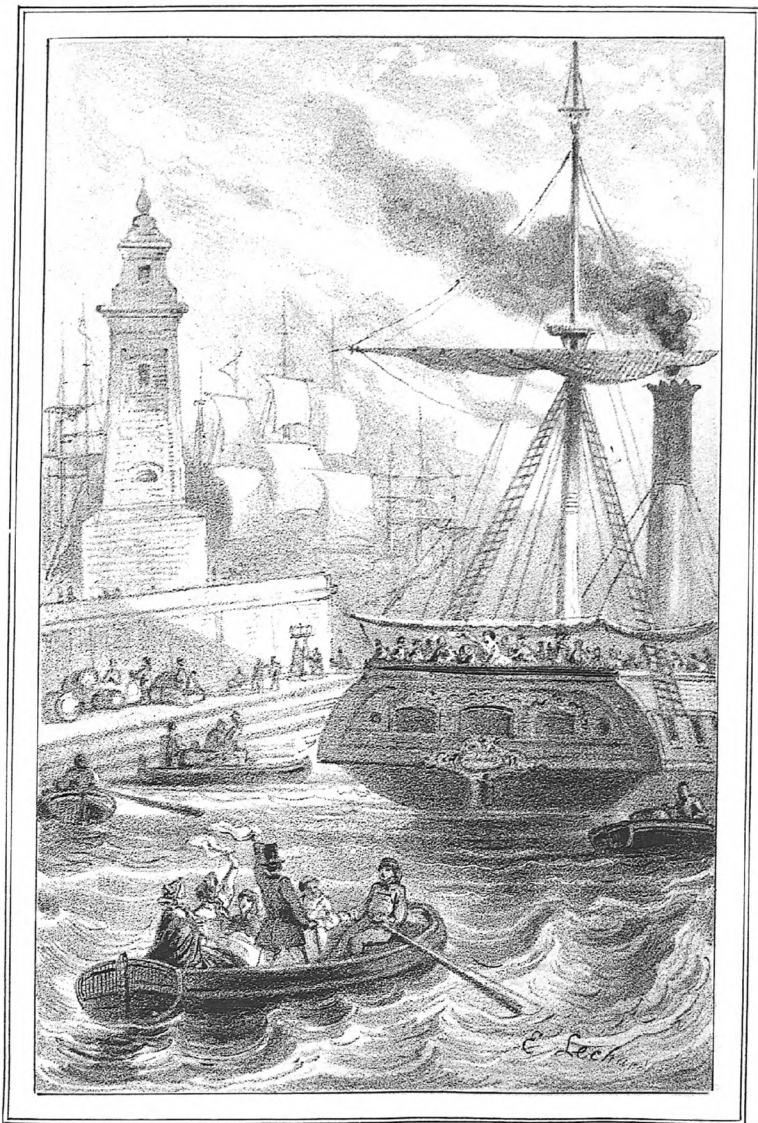
—Me llevo de España un pintor y otros muchos artistas para que sus sábias obras me ayuden á estender en aquel país la Luz de la ilustracion.

—¡Oh! tú estás llamada por la Providencia para civilizar tan hermoso reino, y harás mas con tu talento y con la bondad de tu corazon, que todos los misioneros con su sabia elocuencia.

—¡Ese será mi consuelo!... esa la gran obra que pienso emprender llena de fé y de esperanza en la bondad de Dios.

—No dudes que tu santa empresa será coronada de un éxito li-sonjero, esclamó fray Benigno.





Alejandrina desde la cubierta del buque saludaba á sus amigos que se alejaban en una lancha.

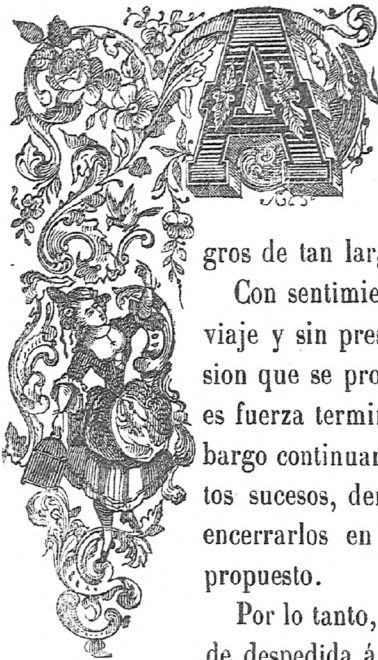
El doctor, sin hablar palabra, contemplaba atónito á aquella muger extraordinaria, que se proponia, sin mas armas que su debilidad y su amor, atraer al seno del Cristianismo á una nacion poderosa que desconocia las sublimes doctrinas del Evangelio.

Con el corazon oprimido y las lágrimas en los ojos abandonaron el vapor, volviendo al puerto en el frágil botecillo que los habia conducido á bordo; mas no saltaron en tierra hasta que vieron al gallardo buque hendir las olas, alejándose á todo vapor. Alejandrina desde la cubierta saludaba á sus amigos, y en su triste señal de amarga despedida les señalaba el cielo como último asilo donde se reunen las almas que amándose en la tierra, no se unen, respetando las inexorables leyes de la pobre humanidad.

Cristina y Tragabombas permanecian tambien en otra lancha viendo marchar el vapor y despidiendo á la ilustre viajera con una espresion de ódio profundo, mientras que fray Benigno y el doctor la enviaban sus bendiciones, rogando á Dios que la hiciera feliz y que la protegiese al atravesar el inmenso Océano, dándola fuerza y abnegacion para llevar á debido término la sublime y colosal empresa que se proponia, convirtiendo al Cristianismo el reino de su esposo.



CAPÍTULO VIII.



LEJANDRINA habia partido, sola, sin mas amigos que Lindora y Federico, nobles corazones que la amaban con delirio, y que compartian con ella gustosos los peligros de tan larga navegacion.

Con sentimiento la dejamos sin seguirla en su viaje y sin presenciar el triunfo de la santa mision que se proponia llevar á cabo. Empero, nos es fuerza terminar aquí, proponiéndonos sin embargo continuar mas adelante la narracion de estos sucesos, demasiado complicados para poder encerrarlos en el corto espacio que nos hemos propuesto.

Por lo tanto, queridos lectores, demos un adios de despedida á la condesa, deseándola un próximo viaje, y volvamos á la industriosa Barcelona, donde tornaron tambien tristes y meditabundos el misionero y el doctor.

Se dirigieron á la misma fonda donde se habia hospedado Ale-

jandrina, porque allí estaba Clodomiro y tenían orden de protegerle, llevándole á Madrid para que se reuniese con su esposa.

Mendoza subió á su cuarto, y el misionero, dejándole en la puerta, se encaminó á la calle de la Boquería con ánimo de ver á fray Severo.

En la escalera encontró el doctor á Clodomiro, que apoyado en su organillo, aguardaba á que volviesen los condes de Flor de Lis.

—¿Qué haces? le preguntó el doctor.

—Aguardo á unos señores, contestó Clodomiro.

—¿Deben pasar por aquí?

—Sí, señor; porque están en el piso principal.

—Pues mira, yo ocupo el entresuelo; entra, que ya los sentiremos cuando suban.

Mendoza ignoraba lo que habia pasado entre Federico y Clodomiro, siendo su idea entablar conversacion con éste, ganándose su confianza para que los acompañase á Madrid, á fin de que, entrando en el buen camino, hiciese feliz á su pobre esposa.

—Muchas gracias, caballero, dijo el jóven levantándose y subiéndolo tres ó cuatro escalones que le faltaban para el entresuelo.

—Tú no eres italiano, y me parece haberte visto en Madrid no hace mucho tiempo, repuso el doctor.

—¿Si me conocerá éste tambien como Perico el Diablo? dijo con recelo Clodomiro.

—Y no me engaño, continuó Mendoza; te he visto en mas alta posicion que la que hoy ocupas.

—Quizá me confunda V. con otro.

—No; estoy seguro; y no te conozco á tí solo, sino á toda tu familia.

—Si no quiere V. que toque, me salgo otra vez á la escalera, exclamó Clodomiro.

—Parece que no te gusta la conversacion.

—Es que no quiero se pasen los condes de Flor de Lis sin verlos; tengo encargo de amenizar su comida con algunas tocatas, y como esto ha de proporcionarme una buena recompensa, no me conviene faltar.

—Escucha, dijo el doctor interponiéndose para no dejarle salir de la habitacion.

—Déjeme V. por Dios, caballero; yo no le hago mal ninguno, permítame salir.

—¿Sabes quién son los condes de Flor de Lis? ¿los conoces?

—No, señor; pero uno de sus criados me ha entregado de orden suya algun dinero, y me ha mandado presentarme en su cuarto á la hora de la comida.

—Entonces prepárate á recibir una fuerte sorpresa, porque son antiguos conocidos tuyos.

—¿Mios?... vaya, señor, V. se está divirtiendo conmigo.

—No lo creas; pero ellos suben; acércate á esta puerta y mira si tengo razon.

Efectivamente, Cristina acababa de llegar y subía con Traga-bombas.

Clodomiro y el doctor los contemplaban con la puerta entornada para que no los viesen.

Cuando pasaron, el jóven se volvió hácia el doctor; su palidez le vendia.

—Y bien, ¿son amigos tuyos ó no? le dijo éste.

—¿Y está V. seguro de que son esos los condes de Flor de Lis? exclamó sin contestar á la pregunta del doctor.

—No por cierto; de lo que sí estoy seguro es de que bajo ese título se esconde una que fué marquesa, y uno que ha sido toda su vida un bandido y lo será siempre.

Clodomiro habia caido en una silla con señales de un profundo abatimiento.

—¡Esto es para volverse loco! murmuró á media voz.

—Y ahora ¿estás dispuesto á distraer su mal humor con las tocatas de tu organillo?

—No, señor; y en prueba de que no volveré á tocarle, le inutilizo, dijo Clodomiro arrojándole á una gran distancia con tal ira, que fué á chocar contra los hierros del balcon, haciéndose pedazos.

—En todo has de manifestar los malos instintos de tu corazon;

en igual de romper el organillo, has debido guardarle como recuerdo y en prueba de gratitud; pues gracias á él, no te has muerto de hambre en el camino de Italia.

—Y si encontré otro filon mas rico, ¿para qué le quiero? me serviria de estorbo y nada mas, repuso Clodomiro encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Comprendo tu pensamiento: ¿te propones esplotar el bolsillo de esa improvisada condesa?

—Yo contestaria con franqueza á su pregunta, si reconociera en V. el derecho de interrogarme; si supiera por lo menos su nombre ó sus intenciones con respecto á mí.

—No desconfies de mis intenciones, son las mas benignas y están completamente á tu favor; para que tengas una entera confianza, te manifestaré que por encargo de tu hermana Tránsito y de tu esposa, estoy aquí para protegerte y para acompañarte á Madrid, donde, si vuelves arrepentido y dispuesto á ser un hombre de honor, encontrarás una familia que te ame, y un protector que te colocará en una posicion independiente y elevada.

—¡Oh! ¡cuánto agradezco esta muestra de cariño á mi pobre Tránsito!.... ¡es un ángel!.... ¿no es verdad? por ella seré bueno.

—Veremos si lo cumples; y ya que sabes quién soy, dime qué piensas hacer de tu madre.

—Yo no lo sé; merece toda clase de castigos; pero no soy yo quien debe dárselos; me limitaré únicamente á quitarla los veinte mil duros que ha robado á fray Severo y que pertenecen la mitad á mi esposa y la otra mitad á la viuda de Alvarez Leal.

—¿Y te sientes con valor para ejecutarlo?

—Con valor, no señor, porque Tragabombas es un tigre y me asesinaria; con astucia sí.

—Tienes razon, no hay mejores armas que las de la sagacidad; aguardaremos á que él salga, y entonces subes; desde aquí observaremos sin que nos vean.

Se sentaron cerca de la puerta, viendo como los camareros les servian la comida, subiendo y bajando con demasiada celeridad.

Esto les hizo concebir alguna sospecha, y llamando Mendoza á uno de ellos, le preguntó:

—¿Cuándo se van los condes de Flor de Lis? ¿sabe V.?

—Esta noche misma, así que coman; parece que ha llegado el vapor que esperaban, y se marchan á Nueva-York.

—¡Oh! ¡se irán sin que pueda hablarla!.... murmuró Clodomiro.

—En último resultado, cuando bajen, los hacemos entrar y se aborda la cuestion de frente.

Siguieron en su punto de observacion esperando con viva ansiedad y tratando de llevar á cabo su proyecto con fortuna.

Media hora despues de terminada la comida, sintieron la voz de Tragabombas que desde lo alto de la escalera decia:

—Antes de media hora estoy aquí; tenlo todo arreglado, porque el vapor sale á las ocho y no podemos detenernos un minuto.

—Descuida y no tardes, dijo Cristina.

No habia llegado el bandido á la puerta de la fonda, cuando ya estaba Clodomiro en la del piso principal; con tal rapidez subió, que aun se encontró frente á frente con su madre.

Ambos se reconocieron instantáneamente.

—¡Hijo mio! exclamó ella queriendo abrazarle.

—¡Señora! dijo él repeliéndola con manifiesto desprecio.

—¡Ah! ¿es posible que en medio de mi desventura haya perdido tambien el amor de mis hijos?.... exclamó ella haciendo entrar á Clodomiro y cerrando la puerta para que nadie escuchase su conversacion.

—Al perder la consideracion y el honor, se pierde todo en el mundo, dijo con severidad Clodomiro.

—Es que me ha perseguido la desgracia.....

—Tú has perseguido á la infamia, cubriéndote de ella y arrojándola sobre nuestra frente.

—Hijo mio: no me acrimines tú tambien.

—Yo no soy hijo de la condesa de Flor de Lis; atrás, señora; ha perdido V. todos sus derechos uniéndose á un bandido, despues de legarnos con su vil conducta la deshonra y el baldon; ha he-

cho V. muy bien en variar de nombre, lo apruebo como apruebo tambien su marcha al Nuevo Mundo.

—Voy á Nueva-York, y desde allí al Brasil, prometiendo, á fé de mi nombre, no descansar hasta que encuentre á la condesa de Paraná.

—¿Y para qué quieres encontrarla?

—Para vengarme; para saciar esta sed de venganza que arde en mi corazon.

—¡Oh! pues yo te aseguro que ese viaje no le harás con los veinte mil duros que robaste á fray Severo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Él mismo.

—¿Se halla aquí?

—Sí, con fray Benigno y con otras personas que tienen las pruebas de tus crímenes, y que están dispuestas á entregarte á los tribunales.

—¿Y tendrás valor para entregarme á la justicia? ¿Irás en contra de tu madre?

—Yo persigo siempre al criminal, y tú lo eres en alto grado; por tí se ha visto mi padre al pié del cadalso, salvándose por milagro.....

—¿No se llevó á cabo la ejecucion? interrumpió Cristina.

—Fué indultado por S. M., gracias á la influencia de la condesa, de esa muger á quien tanto odias, debiendo solo tener motivos de agradecimiento.

—¡Calla!.... no me la nombres, ni la defiendas en mi presencia.

—Como su conducta está en contraposicion con la tuya, no quieres oirlo; pero si preguntas á toda tu familia, te dirán lo mismo que yo; ella nos salva, nos colma de beneficios.....

—Despues de habernos perdido..... dijo Cristina.

Clodomiro continuó sin hacerla caso:

—Tú nos infamas, nos arrojas al rostro la vergüenza y el baldon de que te has cubierto, y no contenta con esto, sostienes unos amores criminales con un bandido sin conciencia y sin honor.....

—¡Calla!... por Dios, Clodomiro!... calla!... tus palabras son horribles.... no quiero escucharlas ni defenderme, porque tú no tienes derecho para acusarme, tu padre le tenía y me ha perdonado.

—También yo te perdonaré, te dejaré partir tranquila sin delatarte á la autoridad, si me entregas esa cartera, esos veinte mil duros que no te pertenecen y que han sido la desgracia de una familia.

—¿Y no me odiarás?

—¡No te odiaré!

—¿Me perdonarás juzgándome solo una muger desgraciada?

—Haré lo que quieras; pero venga pronto, porque si tardo, subirán á buscarme los que me aguardan abajo, y en este caso ya no podría salvarte.

—Ese dinero constituía todo mi tesoro; con él pensé emanciparme del nuevo dogal que la fatalidad puso en mi cuello; me le arrebatas, y ya no tengo otro remedio sino depender siempre de Tragabombas, ser su esclava, ¡ay! ¡si supieras cuánto le aborrezco!... ese hombre es mi castigo.

—Hay un remedio, vente conmigo, abandona esa senda de perdición y vuelve al seno de tu familia.

—¡Jamás!... ¡eso nunca!...

—Pues venga la cartera.

—Tómala, dijo Cristina sacándola de un estuche y entregándosela con lágrimas en los ojos.

Luego se dejó caer en una silla prorumpiendo en ahogados sollozos.

—Tú lloras por un dinero que no es tuyo, ¡cuánto habrán llorado las infelices á quien legítimamente pertenecía! en fin ya lo soltaste, adios.

—¡Te vas! ¡me ves llena de dolor y no te merezco ni una palabra de consuelo!...

—Mientras camines por esa senda extraviada, no pidas amor á tus hijos, porque solo obtendrás desprecio.

—¡Ah! ¡ingrato!... exclamó redoblando sus sollozos.

En aquel instante entró Tragabombas:

—¿Qué es esto? preguntó, mirando con extrañeza á Clodomiro sin conocerle, por el deteriorado trage que llevaba.

—No es nada, señor Tadeo Rompelanzas; déle V. á esa señora todo el dinero que me ha robado en su casa de juego y en la de préstamos de la calle de Lavapiés, y cesarán sus lloros al momento.

—¡Insolente! ¿y tú quién eres? dijo Tragabombas furioso adelantándose hácia él.

—¡Yo soy su hijo!.... exclamó Clodomiro ya en la puerta, dirigiendo una última y despreciativa mirada á su madre.

—Adios, dijo ésta levantándose con resolucion; parte, no te sigo, ni puedo seguirte, ¿á qué esperas? Aléjate, y acaba de romper el lazo que me une á vosotros.

—Está bien, partiré; adios; no quiera el cielo castigarte como mereces, dijo Clodomiro alejándose.

Cristina, agotadas sus fuerzas, volvió á caer sollozando sobre un divan.

Tragabombas, que se habia quedado inmóvil al reconocer á Clodomiro, alzó la cabeza y dirigiéndose á ella, la dijo, dulcificando su acento cuanto pudo:

—¿Qué te importa el mundo entero, mientras te quede mi amor?....

—¡Ay! ¡es verdad! exclamó Cristina arrojándose en sus brazos; habia olvidado que tú eres mi puerto de salvacion.

Sin embargo, en el fondo de su conciencia una voz interior la repetia: «Ese hombre, léjos de ser tu salvador, será tu castigo; él te hará expiar todos los crímenes que has cometido en este mundo.»

Y era ciertísimo; cuando en otra novela continuemos los sucesos que en esta quedan pendientes, verán nuestros lectores hasta qué punto aquella muger criminal tuvo que doblegar su altivo carácter, humillándose y sufriendo la mas inconcebible degradacion.

Una hora despues de esta escena se trasladaban á bordo del vapor que debia conducirles á Nueva-York.

Clodomiro, fray Benigno y el doctor salieron tambien aquella